
GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

Aun ante la sepultura misma de
Klopstock mi musa enmudece.

HEINE.

Si alguna vez fueron verdad estas palabras del ilustre poeta de Düsseldorf, es ahora; nuestra inspiración agotada y siempre escasa, no sabe reproducir un eco; el pesar la abrumba tanto en presencia de la tumba de Becquer, que si cantar no la es posible, menos la es dado levantarle otro monumento que el perecedero y brevísimo de su entusiasmo, de sus aplausos y de sus justas alabanzas.

Gustavo Adolfo Becquer, pasó como un meteoro sobre la tierra; no era el suelo su patria y remontó el vuelo á las etéreas salas donde habrá encontrado el reposo y la dicha, que aquí no le fué dado hallar.

Su vida trascurrió entre una serie de combates librados con la adversidad que siempre lo persiguió con rara persistencia; desde niño tuvo que luchar con ella y hombre ya, no le abandonó sino en las gradas del sepulcro; tal vez sea condición del genio nutrirse en la desgracia y vivir tributario perpétuo del dolor.

Becquer nació en Sevilla el 17 de Febrero de 1836; hijo de un pintor distinguido, su porvenir hubiera sido quizá mas tranquilo, si su padre no lo hubiera dejado huérfano de tiernos años.

Durante su primera edad estuvo en el colegio de San Antonio Abad estudiando hasta los nueve años que entró en San

Telmo á cursar la carrera de náutica. Medio año despues se vió sin madre y á los diez salió de dicho colegio por haberse suprimido. Entonces su madrina de bautismo, señora que gozaba de cierto bienestar, se encargó de Gustavo; queria hacer de él,—segun la frase del distinguido escritor Sr. Rodriguez Correa,—un honrado comerciante. Pero las aficiones de Becquer iban por otro camino: su amor á las letras y artes no tenia limite y á la postre pudo en él más el culto que sentia necesidad de rendir al castalio coro, que los deberes que le unian á su generosa, pero limitada parienta.

Sin otro consejo que el suyo marchó á Madrid en 1854, á los diez y ocho años, y allí empezó á correr esa deshecha tempestad de horribles necesidades que todo el que empieza á luchar con la suerte—y muchos de los que acaban,—siente desencadenarse sobre su cabeza. Al fin obtuvo un empleillo con tres mil reales de sueldo en Bienes nacionales; pero lo bueno dura poco y en un arreglo un Director poco estético lo dejó cesante.

Cuando se fundó *El Contemporáneo*, el Sr. Albareda lo colocó en la redaccion; en aquella época fué cuando escribió la mayor parte de sus leyendas y las *Cartas desde mi celda* que tanto llamaron la atencion. No mejoró con esto mucho la situacion de Becquer, pues desafecto por temperamento á las cábalas políticas y á las sangrientas necesidades de los partidos, su pluma no se esgrimía al servicio de ninguna de esas parcialidades ni de esos hombres, que con una palabra podian haberlo sacado de la miseria para trasportarlo á la mansion de la opulencia.

Un hombre, sin embargo, que conocia todo el mérito de Gustavo y que quizá fué uno de los que adivinaron en él, el maravilloso talento que mas tarde le ha reconocido su patria, D. Luis Gonzalez Brabo, lo nombró censor de novelas y Becquer desempeñó este cargo hasta la caida de su protector en cuyo instante dimitió.

Volvió con este motivo el malestar de la necesidad á acosarle; pero él esforzado paladin de la desgracia, la hizo frente

Para el teatro tenia en proyecto sin que faltara en ellas nada, las siguientes obras: *El cuarto poder*, comedia.—*Los hermanos del dolor*, drama.—*El duelo*, comedia.—*El ridiculo*, drama.—*Marta*, poema dramático.—*¡Humo!* id.

Novelas tenia preparadas las siguientes: *Vivir ó no vivir*.—*El último valiente* y *El último cantador*, de costumbres andaluzas.—*La conquista de Sevilla*.

Como fantasías y caprichos: *El rapto de Ganimedes*, bufonada.—*La vida de los muertos*, leyenda fantástica.—*La Diana India*, estudio de la América.—*La amante del sol*, estudio griego.—*La Bayadera*, estudio indio.—*Luz y nieve*, estudio de las regiones polares.

Tenia ideadas en un todo las siguientes leyendas toledanas: *El Cristo de la Vega*, pintando un judío.—*La fé salva*.—*La fundadora de conventos*.—*El hombre de palo*, estudio sobre Juanelo.—*La casa de Padilla*, ocurrida sobre el solar abandonado.—*La Salve*.—*Los ángeles músicos*.—*La locura del genio*, estudio sobre el Greco.—*La lepra de la infancia*, estudio sobre el condestable de Borbon.

Lo primero que pensaba escribir era un poema en cuatro cantos titulados *Las Estaciones* y además de otras varias poesías, *Las Tumbas*, meditacion artístico-poética sobre las sepulturas célebres y *Un Mundo*, poema sobre el descubrimiento de las Américas.

Como se vé los proyectos de Becquer eran vastos; Dios quiso sin embargo que su obra quedase á la mitad y preciso es acatar la autoridad que así lo dispuso.

Notiene necesidad sin embargo el poeta de un complemento de gloria; le basta con la que sus obras actuales le ha producido y que lo pone á la cabeza de los escritores de este siglo; poeta sobre todo, una inmarcesible corona brillará eternamente en sus sienes.

¡Que desde el cielo donde reside, interceda por el porvenir de las letras españolas!

LA REDACCION.

LA VENTA DE LOS GATOS.

En Sevilla y en mitad del camino que se dirige al convento de San Jerónimo desde la puerta de la Macarena, hay, entre otros ventorrillos célebres, uno, que por el lugar en que está colocado y las circunstancias especiales que en él concurren, puede decirse que era, si ya no lo es, el más *neto* y característico de todos los ventorrillos andaluces.

Figúraos una casita blanca como el ampo de la nieve, con su cubierta de tejas rojizas las unas, verdinegras las otras, entre las cuales crecen un sin fin de jaramagos y matas de reseda. Un cobertizo de madera baña en sombra el dintel de la puerta, á cuyos lados hay dos poyos de ladrillos y argamasa. Empotradas en el muro, que rompen varios ventanillos, abiertos á capricho para dar luz al interior, y de los cuales unos son más bajos y otros más altos, éste en forma cuadrangular, aquel imitando un ajimez ó una claraboya, se ven de trecho en trecho algunas estacas y anillas de hierro, que sirven para atar las caballerías. Una parra añosisima que retuerce sus negruzcos troncos por entre la armazon de maderas que la sostienen, vistiéndolos de pámpanos y hojas verdes y anchas, cubre como un dosel el estrado, el cual lo componen tres bancos de pino, media docena de sillas de anea desvencijadas, y hasta seis ó siete mesas cojas y hechas de tablas mal unidas. Por uno de

los costados de la casa sube una madreselva, agarrándose á las grietas de las paredes, hasta llegar al tejado, de cuyo alero penden algunas guías que se mecen con el aire, semejando flotantes pabellones de verdura. Al pié del otro corre una cerca de cañizo, señalando los límites de un pequeño jardín que parece una canastilla de juncos rebosando flores. Las copas de dos corpulentos árboles que se levantan á espaldas del ventorrillo, forman el fondo oscuro, sobre el cual se destacan sus blancas chimeneas, completando la decoración los vallados de las huertas llenos de pitas y zarzamoras, los retamares que crecen á la orilla del agua, y el Guadalquivir, que se aleja arastrando con lentitud su torcida corriente por entre aquellas agrestes márgenes, hasta llegar al pié del antiguo convento de San Jerónimo, el cual se asoma por cima de los espesos olivares que lo rodean, y dibuja por oscuro la negra silueta de sus torres sobre un cielo azul trasparente.

Imaginaos este paisaje animado por una multitud de figuras, de hombres, mujeres, chiquillos y animales, formando grupos á cual más pintorescos y característicos; aquí el ventero, rechoncho y coloradote, sentado al sol en una silleta baja, deshaciendo entre las manos el tabaco para liar un cigarrillo y con el papel en la boca; allí un regaton de la Macarena, que canta entornando los ojos y acompañándose con una guitarrilla, mientras otros le llevan el compás con las palmas, ó golpeando las mesas con los vasos; más allá una turba de muchachas con su pañuelo de espuma de mil colores, y toda una maceta de claveles en el pelo, que tocan la pandereta, y chillan, y rien, y hablan á voces en tanto que impulsan como locas el columpio colgado entre dos árboles; y los mozos del ventorrillo que van y vienen con bateas de manzanilla y platos de aceitunas; y las bandas de gentes del pueblo que hormiguan en el camino; dos borrachos que disputan con un majo que requiebra al pasar á una buena moza; un gallo que cacarea esponjándose orgulloso sobre las bardas del corral; un perro que ladra á los chiquillos que le hostigan con palos y piedras; el aceite que hierva y salta en la sartén donde frien

el pescado; el chasquear de los látigos de los caleseros que llegan levantando una nube de polvo; ruido de cantares, de castañuelas, de risas, de voces, de silbidos y de guitarras, y golpes en las mesas y palmadas, y estallidos de jarros que se rompen; y mil y mil rumores extraños y discordes que forman una alegre algarabía imposible de describir. Figuraos todo esto en una tarde templada y serena, en la tarde de uno de los días más hermosos de Andalucía donde tan hermosos son siempre, y tendreis una idea del espectáculo que se ofreció á mis ojos la primera vez que, guiado por su fama, fui á visitar aquel célebre ventorrillo.

De esto hace ya muchos años: diez ó doce lo ménos. Yo estaba allí como fuera de mi centro natural: comenzando por mi traje, y acabando por la asombrada expresion de mi rostro, todo en mi persona disonaba en aquel cuadro de franca y bulliciosa alegría. Parecióme que las gentes, al pasar, volvian la cara á mirarme con el desagrado que se mira á un importuno.

No queriendo llamar la atencion ni que mi presencia se hiciese objeto de burlas, más ó ménos embosadas, me senté á un lado de la puerta del ventorrillo, pedí algo de beber, que no bebí, y, cuando todos se olvidaron de mi extraña aparicion, saqué un papel de la cartera de dibujo, que llevaba conmigo, afilé un lápiz, y comencé á buscar con la vista un tipo característico para copiarle y conservarle como un recuerdo de aquella escena y de aquel día.

Desde luego mis ojos se fijaron en una de las muchachas que formaban alegre corro alrededor del columpio. Era alta, delgada, levemente morena, con unos ojos adormidos, grandes y negros, y un pelo más negro que los ojos. Mientras yo hacia el dibujo, un grupo de hombres, entre los cuales habia uno que rasgueaba la guitarra con mucho aire, entonaban á coro cantares alusivos á las prendas personales, los secretillos de amor, las inclinaciones ó las historias de celos y desdenes de las muchachas que se entretenian alrededor del columpio, cantares á los que á su vez respondian éstas con otros no ménos graciosos, picantes y ligeros.

La muchacha morena, esbelta y decidora que habia escogido por modelo, llevaba la voz entre las mujeres, y componia las coplas y las decia, acompañada del ruido de las palmas y las risas de sus compañeras, mientras el tocador parecia ser el jefe de los mozos y el que entre todos ellos despuntaba por su gracia y su desenfadado ingenio.

Por mi parte, no necesité mucho tiempo para conocer que entre ambos existia algun sentimiento de afeccion que se revelaba en sus cantares, llenos de alusiones trasparentes y frases enamoradas.

Cuando terminé mi obra, comenzaba á hacerse de noche. Ya en la torre de la catedral se habian encendido los dos faroles del retablo de las campanas, y sus luces parecian los ojos de fuego de aquel gigante de argamasa y ladrillo, que domina toda la ciudad. Los grupos se iban disolviendo poco á poco perdiéndose á lo largo del camino entre la bruma del crepúsculo, plateada por la luna que empezaba á dibujarse sobre el fondo violado y oscuro del cielo. Las muchachas se alejaban juntas y cantando, y sus voces argentinas se debilitaban gradualmente hasta confundirse con los otros rumores indistintos y lejanos que temblaban en el aire. Todo acababa á la vez; el día, el bullicio, la animacion y la fiesta; y de todo no quedaba sino un eco en el oido y en el alma, como una vibración suavísima, como un dulce sopor parecido al que se experimenta al despertar de un sueño agradable.

Luego que hubieron desaparecido las últimas personas, doblé mi dibujo, lo guardé en la cartera, llamé con una palmada al mozo, pagué el pequeño gasto que habia hecho, y ya me disponia á alejarme, cuando sentí que me detenian suavemente por el brazo. Era el muchacho de la guitarra que ya noté antes, y que mientras dibujaba me miraba mucho y con cierto aire de curiosidad. Yo no habia reparado que, despues de concluida la broma, se acercó disimuladamente hasta el sitio en que me encontraba, con objeto de ver qué hacia yo, mirando con tanta insistencia á la mujer por quien él parecia interesarse.

—Señorito, me dijo con un acento que él procuró suavizar todo lo posible; voy á pedirle á usted un favor.

—¡Un favor! exclamé yo, sin comprender cuáles podrían ser sus pretensiones; diga usted, que si está en mi mano, es cosa hecha.

—¿Me quiere usted dar esa pintura que ha hecho?

Al oír sus últimas palabras no pude ménos de quedarme un rato perplejo; extrañaba por una parte la petición, que no dejaba de ser bastante rara, y por otra el tono, que no podía decirse á punto fijo si era de amenaza ó de súplica. Él hubo de comprender mi duda, y se apresuró en el momento á añadir:

—Se lo pido á usted por la salud de su madre, por la mujer que más quiera en este mundo, si quiere á alguna; pídamela usted en cambio todo lo que yo pueda hacer en mi pobreza.

No supe qué contestar para eludir el compromiso. Casi, casi hubiera preferido que viniese en son de quimera, á trueque de conservar el bosquejo de aquella mujer, que tanto me había impresionado; pero sea sorpresa del momento, sea que yo á nada sé decir que no, ello es que abrí mi cartera, saqué el papel y se lo alargué sin decir una palabra.

Referir las frases de agradecimiento del muchacho, sus exclamaciones al mirar nuevamente el dibujo á la luz del reverbero de la venta, el cuidado con que lo dobló para guardárselo en la faja, los ofrecimientos que me hizo y las alabanzas hiperbólicas con que ponderó la suerte de haber encontrado lo que él llamaba un señorito *templao y neto*, sería tarea difícilísima por no decir imposible. Solo diré que como entre unas y otras se había hecho completamente de noche, que quise que no, se empeñó en acompañarme hasta la puerta de la Macarena; y tanto dió en ello, que por fin me determiné á que emprendiésemos el camino juntos. El camino es bien corto, pero mientras duró encontró forma de contarme del pe al pa toda la historia de sus amores.

La venta donde se había celebrado la función, era de su padre, quien le tenía prometido para cuando se casase una huerta que lindaba con la casa, y que también le pertenecía.

En cuanto á la muchacha, objeto de su cariño, que me describió con los más vivos colores y las frases más pintorescas, me dijo que se llamaba Amparo; que se había criado en su casa desde muy pequeñita, y se ignoraba quienes fuesen sus padres. Todo esto, y cien otros detalles de más escaso interés, me refirió durante el camino. Cuando llegamos á las puertas de la ciudad, me dió un fuerte apretón de manos, tornó á ofrecérseme, y se marchó entonando un cantar cuyos ecos se dilataban á lo lejos en el silencio de la noche. Yo permanecí un rato viéndole ir. Su felicidad parecia contagiosa, y me sentia alegre, con una alegría extraña y sin nombre, con una alegría, por decirlo así, de reflejo.

Él siguió cantando á más no poder; uno de sus cantares decia así.

*Compañerillo del alma,
mira que bonita era:
se parecia á la Virgen
de Consolacion de Utrera.*

Cuando su voz comenzaba á perderse, oí en las ráfagas de la brisa otra delgada y vibrante que sonaba más lejos aún. Era ella, ella que le aguardaba impaciente.

Pocos dias despues abandoné á Sevilla, y pasaron muchos años sin que volviese á ella, y olvidé muchas cosas que allí me habian sucedido; pero el recuerdo de tanta y tan ignorada y tranquila felicidad, no se me borró nunca de la memoria.

II.

Como he dicho, transcurrieron muchos años despues que abandoné á Sevilla, sin que olvidase del todo aquella tarde, cuyo recuerdo pasaba algunas veces por mi imaginacion como una brisa bienhechora que refresca el ardor de la frente.

Cuando el azar me condujo de nuevo á la gran ciudad que con tanta razon es llamada *reina de Andalucia*, una de las cosas que más llamaron mi atencion fué el notable cambio verificado durante mi ausencia. Edificios, manzanas de casas y barrios enteros habian surgido al contacto mágico de la industria y el capital: por todas partes fábricas, jardines, posesiones de recreo, frondosas alamedas, pero por desgracia, muchas venerables antiguallas habian desaparecido.

Visité nuevamente muchos soberbios edificios, llenos de recuerdos históricos y artísticos; torné á vagar y á perderme entre las mil y mil revueltas del curioso barrio de Santa Cruz; extrañé en el curso de mis paseos muchas cosas nuevas que se han levantado no sé cómo; eché de ménos muchas cosas viejas que han desaparecido no sé por qué, y por último, me dirigí á la orilla del rio. La orilla del rio ha sido siempre en Sevilla el lugar predilecto de mis excursiones.

Despues que hube admirado el magnifico panorama que ofrece en el punto por donde une sus opuestas márgenes el puente de hierro; despues que hube recorrido, con la mirada absorta, los mil detalles, palacios y blancos caseríos; despues que pasé revista á los innumerables buques surtos en sus aguas, que desplegaban al aire los ligeros gallardetes de mil colores, y oí el confuso hervidero del muelle, donde todo respira actividad y movimiento, remontando con la imaginacion la corriente del rio, me trasladé hasta San Jerónimo.

Me acordaba de aquel paisaje tranquilo, reposado y luminoso en que la rica vegetacion de Andalucia despliega sin aliño sus galas naturales. Como si hubiera ido en un bote corriente arriba, ví desfilar otra vez, con ayuda de la memoria, por un lado la Cartuja con sus arboledas y sus altas y delgadas torres; por otro el barrio de los Humeros, los antiguos muros de la ciudad, mitad árabes, mitad romanos, las huertas con sus vallados cubiertos de zarzas, y las norias que sombrean algunos árboles aislados y corpulentos, y por último, San Jerónimo.... Al llegar aquí con la imaginacion, se me representaron con más viveza que nunca los recuerdos que áuu con-

servaba de la famosa venta, y me figuré que asistia de nuevo á aquellas fiestas populares, y oia cantar á las muchachas, meciéndose en el columpio, y veia los corrillos de gentes del pueblo vagar por los prados, merendar unos, disputar los otros, reir estos, bailar aquellos, y todos agitarse, rebosando juventud, animacion ó alegría. Allí estaba ella, rodeada de sus hijos, léjos ya del grupo de las mozuelas, que reian y cantaban, y allí estaba él, tranquilo y satisfecho de su felicidad, mirando con ternura, reunidas á su alrededor y felices, todas las personas que más amaba en el mundo: su mujer, sus hijos, su padre, que estaba entonces como hacia diez años, sentado á la puerta de su venta, liando impasible su cigarro de papel, sin más variacion que tener blanca como la nieve la cabeza, que era gris.

Un amigo que me acompañaba en el paseo, notando la especie de éxtasis en que estuve abstraído con estas ideas durante algunos minutos, me sacudió al fin del brazo, preguntándome:

—¿En qué piensas?

—Pensaba, le contesté, en la *Venta de los Gatos*, y revolvia aquí, dentro de la imaginacion, todos los agradables recuerdos que gnardo de una tarde que estuve en San Jerónimo... En este instante concluia una historia que dejé empezada allí, y la concluia tan á mi gusto, que creo no puede tener otro final que el que yo le he hecho. Y á propósito de la Venta de los Gatos, proseguí, dirigiéndome á mi amigo, ¿cuando nos vamos allí una tarde á merendar y á tener un rato de jarana?

—¡Un rato de jarana! exclamó mi interlocutor, con una expresion de asombro que yo no acertaba á explicarme entonces; ¡un rato de jarana! Pues digo que el sitio es aparente para el caso.

—?Y por qué no? le repliqué admirándome á mi vez de sus admiraciones.

—La razon es muy sencilla, me dijo por último; porque á cien pasos de la venta han hecho el nuevo cementerio.

Entonces fui yo el que lo miré con ojos asombrados, y

permanecí algunos instantes en silencio ántes de añadir una sola palabra.

Volvimos á la ciudad y pasó aquel día y pasaron algunos otros más, sin que yo pudiese desechar del todo la impresion que me habia causado una noticia tan inesperada. Por más vueltas que le daba, mi historia de la muchacha morena no tenia ya fin, pues el inventado no podia concebirlo, antojándose-me inverosímil un cuadro de felicidad y alegría con un cementerio por fondo.

Una tarde, resuelto á salir de dudas, pretexté una ligera indisposicion para no acompañar á mi amigo en nuestros acostumbrados paseos, y emprendí solo el camino de la venta. Cuando dejé á mis espaldas la Macarena y su pintoresco arrabal, y comencé á cruzar por un estrecho sendero aquel laberinto de huertas, ya me parecia advertir algo extraño en cuanto me rodeaba.

Bien fuese que la tarde estaba un poco encapotada, bien que la disposicion de mi ánimo me inclinaba á las ideas melancólicas, lo cierto es que sentí frio y tristeza, y noté un silencio que me recordaba la completa soladad, como el sueño recuerda la muerte.

Anduve un rato sin detenerme, acabé de cruzar las huertas para abreviar la distancia, y entré en el camino de San Lázaro, desde donde ya se divisa en lontananza el convento de San Jerónimo.

Tal vez será una ilusion; pero á mí me parece que por el camino que pasan los muertos, hasta los árboles y las yerbas toman al cabo un color diferente. Por lo ménos allí se me antojó que faltaban tonos calurosos y armónicos, frescura en la arboleda, ambiente en el espacio y luz en el terreno. El paisaje era monótono, las figuras negras y aisladas.

Por aquí un carro que marchaba pausadamente cubierto de luto, sin levantar polvo, sin chasquido de látigo, sin algarazara, sin movimiento casi; más allá un hombre de mala catadura con un azadon en el hombro, ó un sacerdote con su hábito talar y oscuro, ó un grupo de ancianos mal vestidos ó de

aspecto repugnante, con cirios apagados en las manos, que volvian silenciosos, con la cabeza baja y los ojos fijos en la tierra. Yo me creia trasportado no sé á dónde; pues todo lo que veia me recordaba un paisaje cuyos contornos eran los mismos de siempre, pero cuyos colores se habian borrado, por decirlo así, no quedando de ellos sino una media tinta dudosa. La impresion que experimentaba, solo puede compararse, á la que sentimos en esos sueños en que por un fenómeno inexplicable, las cosas son y no son á la vez, y los sitios en que creemos hallarnos se trasforman en parte de una manera estrambótica é imposible.

Por último, llegué al ventorrillo: lo recordé, más por el rótulo, que áun conserva escrito con grandes letras en una de sus paredes, que por nada; pues en cuanto al caserío, se me figuró que hasta habia cambiado de forma y proporciones. Desde luego puedo asegurar que estaba mucho más ruinoso, abandonado y triste. La sombra del cementerio, que se alzaba en el fondo, parecia extenderse hácia él, envolviéndole en una oscura proyeccion como en un sudario. El ventero estaba solo, completamente solo. Conocí que era el mismo de hacia diez años; y lo conocí no sé por qué, pues en este tiempo habia envejecido hasta el punto de aparentar un viejo decrepito y moribundo, mientras que cuando le ví no representaba apenas cincuenta años, y rebosaba salud, satisfaccion y vida.

Sentéme en una de las desiertas mesas; pedí algo de beber, que me sirvió el ventero, y de una en otra palabra suelta vinimos al cabo á entrar en una conversacion tirada acerca de la historia de amores, cuyo último capítulo ignoraba todavia, á pesar de haber intentado adivinarlo varias veces.

—Todo, me dijo el pobre viejo, todo parece que se ha conjurado contra nosotros desde la época en que usted me recuerda. Ya lo sabe usted: Amparo era la niña de nuestros ojos, se habia criado aquí desde que nació, casi era la alegría de la casa; nunca pudo echar de ménos el suyo, porque yo la queria como un padre; mi hijo se acostumbró tambien á quererla desde niño, primero como un hermano, despues con un cariño más

grande todavía. Ya estaba en vísperas de casarse; yo les habia ofrecido lo mejor de mi poca hacienda, pues con el producto de mi tráfico me parecia tener más que suficiente para vivir con desahogo, cuando no sé qué diablo malo tuvo envidia de nuestra felicidad, y la deshizo en un momento. Primero comenzó á susurrarse que iban á colocar un cementerio por esta parte de San Jerónimo: unos decian que mas acá, otros que más allá; y mientras todos estábamos inquietos y temerosos, temblando de que se realizase este proyecto, una desgracia mayor y más cierta cayó sobre nosotros.

Un dia llegaron aquí en un carruaje dos señores. Me hicieron mil y mil preguntas acerca de Amparo, á la cual saqué yo cuando pequeña de la casa de expósitos; me pidieron los envoltorios con que la abandonaron y que yo conservaba, resultando al fin, que Amparo era hija de un señor muy rico, el cual trabajó con la justicia para arrancárnosla, y trabajó tanto, que logró conseguirlo. No quiero recordar siquiera el dia que se la llevaron. Ella lloraba como una Magdalena, mi hijo queria hacer una locura, yo estaba como atontado sin comprender lo que me sucedia. ¡Se fué! Es decir, no se fué, porque nos queria mucho para irse; pero se la llevaron, y una maldicion cayó sobre esta casa. Mi hijo, despues de un arrebato de desesperacion espantosa, cayó como en un letargo; yo no sé decir qué me pasó; creí que se me habia acabado el mundo.

Mientras esto sucedia, comenzóse á levantar el cementerio; la gente huyó de estos contornos, se acabaron las fiestas, los cantares y la música, y se acabó toda la alegria de estos campos, como se habia acabado toda la de nuestras almas.

Y Amparo no era más feliz que nosotros; criada aquí, al aire libre, entre el bullicio y la animacion de la venta; educada para ser dichosa en la pobreza, la sacaron de esta vida, y se secó como se secan las flores arrancadas de un huerto para llevarlas á un estrado. Mi hijo hizo esfuerzos increíbles por verla otra vez, por hablarla un momento. Todo fué inútil: su familia no queria. Al cabo la vió, pero la vió muerta. Por aquí

pasó su entierro. Yo no sabía nada, y no sé por qué me eché á llorar cuando ví el ataud. El corazón, que es muy leal, me decía á voces:

—Esa es jóven como Amparo: como ella, sería también hermosa; ¿quién sabe si será la misma? Y era: mi hijo siguió el entierro, entró en el patio, y al abrirse la caja, dió un grito, cayó sin sentido en tierra, y así me lo trajeron. Después se volvió loco, y loco está.

Cuando el pobre viejo llegaba á este punto de su narración, entraron en la venta dos enterradores de siniestra figura y aspecto repugnante. Acabada su tarea, venían á echar un trago «*á la salud de los muertos,*» como dijo uno de ellos, acompañando el chiste con una estúpida sonrisa. El ventero se enjugó una lágrima con el dorso de la mano, y fué á servirles.

La noche comenzaba á cerrar, oscura y tristísima. El cielo estaba negro y el campo lo mismo. De los brazos de los árboles pendía aún, medio podrida, la soga del columpio agitada por el aire; me pareció la cuerda de una horca oscilando todavía después de haber descolgado á un reo. Solo llegaban á mis oídos algunos rumores confusos: el ladrido lejano de los perros de las huertas, el chirrido de una noria, largo, quejumbroso y agudo como un lamento, las palabras sueltas y horribles de los sepultureros que concertaban en voz baja un robo sacrilego... No sé; en mi memoria no ha quedado, lo mismo de esta escena fantástica de desolación, que de la otra escena de alegría, más que un recuerdo confuso: imposible de reproducir. Lo que me parece escuchar tal como lo escuché entonces, es este cantar que entonó una voz plañidera, turbando de repente el silencio de aquellos lugares:

*En el carro de los muertos
ha pasado por aquí,
Uecaba una mano fuera,
por ella la conocí.*

Era el pobre muchacho, que estaba encerrado en una de

las habitaciones de la venta, donde pasaba los días contemplando inmóvil el retrato de su amante sin pronunciar una palabra, sin comer apenas, sin llorar, sin que se abriesen sus labios más que para cantar esa copla tan sencilla y tan tierna, que encierra un poema de dolor que yo aprendí á descifrar entonces.

GUSTAVO A. BECQUER.

RIMAS,

LXXIII.

Cerraron los ojos
Que aún tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intervalos,
Dibujarse rígida
La forma del cuerpo.

Despertaba el día,
Y en su albor primero
Con sus mil ruidos
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento:
*«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!!»*

De la casa en hombros
Lleváronla al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba...
Que pensé un momento:
*«¡Dios mío qué solos
Se quedan los muertos!!»*

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando,
Su adios lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila,
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Oscuro y estrecho,
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo,
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió á lo léjos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
*«¡Dios mio, qué solos
Se quedan los muertos!!»*

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!...

.

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

LXXVI.

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba, á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,
Y en las manos un libro,
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado
Al dulce peso hundido,
Cual si de blanda pluma y raso fuera,
Se plegaba su lecho de granito.

De la postrer sonrisa,
El resplandor divino
Guardaba el rostro, como el cielo guarda
Del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
Sentados en el filo,
Dos ángeles, el dedo sobre el lábio,
Imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;
De los arcos macizos
Parecía dormir en la penumbra,
Y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave
Al ángulo sombrío,
Como quien llega con callada planta
Junto á la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
Y aquel resplandor tibio,
Aquel lecho de piedra que ofrecía
Próximo al muro otro lugar vacío,

En el alma avivaron
La sed de lo infinito,
El ánsia de esa vida de la muerte,
Para la que un instante son los siglos...

.....
.....
Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón oscuro y escondido.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
Se hielan sus huesos!...

.....

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

LXXVI.

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba, á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,
Y en las manos un libro,
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado
Al dulce peso hundido,
Cual si de blanda pluma y raso fuera,
Se plegaba su lecho de granito.

De la postrer sonrisa,
El resplandor divino
Guardaba el rostro, como el cielo guarda
Del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
Sentados en el filo,
Dos ángeles, el dedo sobre el lábio,
Imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;
De los arcos macizos
Parecía dormir en la penumbra,
Y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave
Al ángulo sombrío,
Como quien llega con callada planta
Junto á la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
Y aquel resplandor tibio,
Aquel lecho de piedra que ofrecía
Próximo al muro otro lugar vacío,

En el alma avivaron
La sed de lo infinito,
El ánsia de esa vida de la muerte,
Para la que un instante son los siglos...

.....
.....
.....
Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

LII.

Olas gigantes que os rompeis bramando
En las playas desiertas y remotas,
Envuelto entre la sábana de espumas,
Llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracan, que arrebatáis
Del alto bosque las marchitas hojas,
Arrastrado en el ciego torbellino,
Llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad, que rompe el rayo
Y en fuego ornais las desprendidas orlas,
Arrebatado entre la niebla oscura,
Llevadme con vosotras!

Llevadme, por piedad, á donde el vértigo
Con la razon me arranque la memoria...
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme
Con mi dolor á solas!

GUSTAVO A. BECQUER.



PENSAMIENTOS.

Vosotros los que esperáis con ánsia la hora de una cita; los que contáis impacientes los golpes del reloj lejano, sin ver llegar á la mujer amada; vosotros que confundís los rumores del viento con el leve crujido de la falda de seda, y sentís palpitante apresurado el corazón, primero de gozo y luego de rabia, al escuchar el eco distante de los pasos del transeunte nocturno, que se acerca poco á poco, y al fin aparece tras la esquina, y cruza la calle, y sigue indiferente su camino; vosotros que habeis calculado mil veces la distancia que media entre la casa y el sitio en que la aguardais, y el tiempo que tardará, si ya ha salido, ó si va á salir, ó si aún se está prendiendo el último adorno para pareceros más hermosa; vosotros que habeis sentido las angustias, las esperanzas y las decepciones de esas crisis nerviosas, cuyas horas no pueden contarse como parte de la vida; vosotros solos comprendereis la febril excitación en que vivo yo, que he pasado los días más hermosos de mi existencia, aguardando á una mujer que no llega nunca...

¿Dónde me ha dado esa cita misteriosa? No lo sé. Acaso en el cielo, en otra vida anterior á la que sólo me liga ese confuso recuerdo.

Pero yo la he esperado y la espero aún, trémulo de emoción y de impaciencia. Mil mujeres pasan al lado mio: pasan unas altas y pálidas, otras morenas y ardientes; aquellas con

un suspiro, éstas con una carcajada alegre; y todas con promesas de ternura y melancolía infinitas, de placeres y de pasión sin límites. Este es su talle, aquellos son sus ojos, y aquél el eco de su voz, semejante à una música. Pero mi alma, que es la que guarda de ella una remota memoria, se acerca á su alma... ¡y no la conoce!...

Así pasan los años, y me encuentran y me dejan sentado al borde del camino de la vida... ¡siempre esperando!...

Tal vez, viejo y á la orilla del sepulcro, veré, con turbios ojos, cruzar á aquella mujer tan deseada, para morir como he vivido... ¡esperando y desesperado!..

*
* *

¿Qué viento la trajo hasta allí? No lo sé. Pero yo ví la flor de la semilla, que germinó en verde guirnalda de hojas, al pié del alto ciprés, que se levanta, como la última columna de un templo arruinado en medio de la llanura escueta y solitaria.

Yo ví aquella flor azul, del color de los celos y roja como la sangre, y me acordé de nuestro imposible amor.

Un breve estío duraron los ligeros festones de verdura en derredor del viejo tronco; un breve estío duraron las campanillas azules, y las abejas de oro, y las mariposas blancas, sus amigas.

Y llegó el invierno helado, y el ciprés volvió á quedar solo, moviendo melancólicamente la cabeza, y sacudiendo los copos de nieve, alto, delgado y oscuro, en medio de la blanca llanura...

¿Cuántas horas durarán tus risas y tus palabras sin sentido, tus melancolías sin causa y tus alegrías sin objeto? ¿Cuánto tiempo, en fin, durará tu amor de niña? Una breve mañana; y volverá á hacerse la noche en torno, y permaneceré solitario y triste, envuelto en las tinieblas de la vida.

*
**

Yo no envidio á los que rien: es posible vivir sin reirse...
¡pero sin llorar alguna vez!...

*
**

Asómate á mi alma, y creerás que te asomas á un lago
cristalino, al ver temblar tu imágen en el fondo.

*
**

Entre las oscuras ruinas, al pié de las torres cubiertas de
musgo, á la sombra de los arcos y las columnas rotas, crece
oculta la flor del recuerdo.

Plegadas las hojas, permanece muda un día y otro á las ca-
ricias de un furtivo rayo de sol que le anuncia la mañana de
las otras flores.

«Mi sol, dice, no es el sol de la alondra; el alba que espe-
ro para romper mi broche ha de clarear en el cielo de unos ojos.»

Flor misteriosa y escondida, guarda tu pureza y tu perfu-
me al abrigo de los ruinosos monumentos. Larga es la noche;
pero ya las lágrimas, semejantes á gotas de rocío, anuncian la
llegada del día entre las tinieblas del espíritu.

*
**

Hay un lugar en el Infierno de Dante para los grandes
génios: en él coloca á los hombres célebres, que conquistaron
en el mundo mayor gloria.

La justicia humana no puede hacer otra cosa, y juzga tan
solo por lo que realmente conoce.

Pero la divina lleva, sin duda, á ese mismo lugar á las
inteligencias, que sin dejar rastro de sí sobre la tierra, llegan
en silencio á la misma altura que aquellos.

La Justicia divina lleva también allí á los *genios desconocidos*.

GUSTAVO A. BECQUER.

À BECQUER,
En el Aniversario de su Muerte.

El eco de su voz fué la armonía
Y guirnalda de nubes, á su paso
El coro de los ángeles tejía.

MONROY.

Vivió libre y errante como el céfiro
que en la pobre cabaña,
blando respiro ofrece á la ardorosa
misericordia trabajada.
No penetró menguado á emponzoñarse
de doradas estancias,
con vil lisonja mercenaria ó dolo,
en los fétidos miasmas.
Solo y humilde, el infortunio impío
surcó su frente ancha,
donde en volcan hervía el sentimiento
con torrentes de llamas.
El preciso sustentó más de un día
faltó á su mesa escasa;
su vigilia de sueños fué doliente
sin abrigo en la escarcha.
Él, que nutrió la vida en el espíritu,
de la belleza alma,
con el brillo del iris revistiendo
sus visiones humanas.
Y eterno cantó un himno á la ternura
que del corazón mana,
grande y sencillo como la armonía
que á los astros encausa!

Para llorar la muerte de su génio
no hay en la tierra lágrimas!
qué mucho que se ignore el nombre suyo,
y lo olvide su pátria!

ATENODORO MUÑOZ.

Málaga 22 de Diciembre de 1876.



Á GUSTAVO A. BECQUER.

Una bruma, un suspiro apagado,
Una nota que muere al nacer,
Un acento que el aire se lleva
y no ha de volver.



De una vírgen la casta sonrisa,
La primera palabra de amor,
Un gemido del arpa de oro
Que un ángel vibró...



Así fué de tu paso en la tierra
El brevísimo curso fugaz;
No es el mundo la pátria del génio,
el mundo es su altar!

JOSÉ M.^a CROUSEILLES.

22 de Diciembre, 1876.



Á BECQUER.

Cuando leía tus rimas,
La mano el corazón aprisionaba
Queriendo contener de sus latidos,
La agitación extraña;

Y en tu libro de fuego
Al reclinar mi frente acalorada,
A mis pupilas acudiendo el llanto,...
Las páginas borraba.

.....

.....

En el silencio de la noche fría,
Cuando reina el imperio de la calma
Cuántas veces tu espíritu y el mío,
En la medrosa oscuridad se abrazan!

E. RIVAS.

CONFERENCIAS AGRÍCOLAS DE MÁLAGA.

DE LOS TERRENOS,

SU CLASIFICACION Y MODO DE MEJORARLOS.

*Discurso pronunciado en la Conferencia agrícola celebrada
el 7 de Noviembre de 1876.*

POR EL

SR. D. JUAN ALVAREZ Y SANCHEZ.

(Conclusion.)

Cuando no hay margas en las inmediaciones de la finca que quiere corregirse suele emplearse la arcilla, pero la arcilla no la emplean directamente sino que la estratifican con cal viva y con estiércol dos ó tres meses antes de estenderla en la tierra. El mecanismo de la operacion consiste en formar montones en diversos puntos de la tierra que quiere mejorarse: estos montones constan de una capa de arcilla, otra de cal y otra de estiércol; sobre estas vuelven á estender otras en el mismo orden, procurando que el monton quede cubierto todo con una última capa de arcilla y à los dos ó tres meses los estienden sobre toda la superficie del terreno. Arturo Jung asegura que esta mezcla es uno de los inventos mas útiles para la agricultura.

Las partículas terrosas que arrastran los rios en sus corrientes, suelen emplearse en algunos casos, para mejorar los terrenos arenosos. El cardenal Boncompagne consiguió por este medio sanear unos lagos ó pantanos que habia en las inmediaciones de Bolonia. Notó que el Reno y otras corrientes que se derivan de los montes Apeninos degradaban sus orillas compuestas de tierras arcillosas, y quiso aprovechar estas materias para rellenar aquellos lagos que infestaban el país. Al efecto hizo rodearlos con muros mas ó menos altos de mas ó menos espesor, pero con el suficiente para que le sirvieran de diques.

En seguida por medio de canales y esclusas forzó las corrientes á entrar en el circuito, y la consecuencia fué sustituir los pantanos que diezaban los habitantes del país por tierras virgenes perfectamente horizontales y de una feracidad extraordinaria. Esto mismo puede hacerse en muchos puntos para mejorar los terrenos arenosos. En Lorca este procedimiento está puesto en práctica desde tiempo inmemorial.

Pero cuando no es posible marchar por el capital, se hacen los correctivos á espensas del tiempo. Si la tierra arenosa que se quiere mejorar cuenta con riego, lo que suelen hacer es convertirla en prado permanente, es decir, sembrarla de alfalfa, por ejemplo y tenerla entretenida con esta planta diez ó doce años pastándola en el campo. El raigambre y la accion de los abonos la ponen al cabo de dicho tiempo en disposicion de llevar toda clase de cosechas. Si la tierra arenosa no es susceptible de adquirir el riego lo que suelen hacer es poblarla de pino marítimo. En Teba, pueblo de esta provincia, se vendieron las tierras de propios y fueron compradas por el mismo pueblo. En el reparto que de ellas hicieron le tocaron á una porcion de trabajadores unos terrenos eminentemente arenosos: bien pronto vieron que su cultivo no remuneraba el trabajo, y antes de resolverse á abandonarlos por completo, se le ocurrió á uno sembrarlos de piñones; el ejemplo hizo eco en los demas compañeros, y en la actualidad aquel terreno estéril ostenta todo el lujo de un bosque de pino piñonero,

Mucho mas pudiera decirse de los terrenos arenosos, pero es preciso dejar algun tiempo para los terrenos arcillosos.

Las tierras arcillosas son realmente una garantia de produccion en el clima abrasador de esta provincia; pero cuando la arcilla se hace escesivamente predominante aumenta la impermeabilidad, y aqui como en todas partes la vida vegetal es dificil, porque las raices no sienten el estimulo del aire y el calórico, condicion esencial para la germinacion y desarrollo de las plantas.

Una de las sustancias que se emplean para corregir los terrenos arcillosos es la arena, y no podia menos de ser así, puesto que ya hemos visto que la arena es la antitesis de la arcilla, cuyos defectos neutraliza. Un dos ó tres por ciento del peso total de la tierra que se quiere mejorar, es la dosis de arena que en la mayoria de los casos suele aplicarse á los terrenos arcillosos; pero esta cantidad varia naturalmente con la composicion mineralógica: un caso práctico podrá servir de guia al que se proponga intentar esta mejora. Draper, propagandista entusiasta de este correctivo, dice que en las inmediaciones de su pueblo habia unas cuantas fanegas de tierra arcillosa, cuyo dueño no encontraba medio de darle salida: afirma que habiéndola analizado y visto que lo único que le faltaba era la arena, no tuvo inconveniente en comprarlas; que en seguida puso 50 carros de arena á cada una, las cuáles mezcló mediante varias labores, repetidas de 20 en 20 dias, y el resultado fué obtener el primer año noventa y tantas fanegas de cosecha por cada una de sembradura.

Pero, Señores, hay otras sustancias preferibles, tratándose de los labradores de esta localidad. Nos referimos á los escombros de la demolicion de edificios. Los escombros mejoran considerablemente la potencia de las tierras arcillosas, y favorecen la riqueza por los muchos azoatos de potasa, sosa y cal que contienen. Parece mentira que no se utilicen esos montones de escombros que tan buenos resultados dan en los terrenos arcillosos. El año pasado saliendo á pasear al campo noté el color verde intenso que destacaba un rodal de trigo entre las

pálidas matas que le rodeaban: quise esplicarme la causa y lo conseguí bien pronto con solo aproximarme: el rodal que yo admiraba habia sido fertilizado con los detritus de un mojon ó hito de mamposteria que estaba en ruinas á muy poca distancia. Si el dueño hubiera tenido desarrollado el espíritu de observacion aquel terreno estaria corregido con escombros. Cuarenta ó cincuenta carros es una cantidad que puede emplearse por cada hectárea con la seguridad de obtener buenos resultados.

Otro de los medios que hay de corregir la potencia de un terreno arcilloso es la incineracion. El que haya visto la feracidad de la vegetacion que se desenvuelve en el sitio en que se haya quemado un boliche de carbon, no le estrañará que digamos que la incineracion produce efectos maravillosos cuando se hace como debe. Yo conozco suelos en los cuales se quemó un boliche de carbon hace mas de 30 años, y aun se nota de una manera marcadísima la diferente fertilidad que goza respecto del terreno que le rodea. La tierra arcillosa cambia de propiedades físicas cuando se quema, y adquiere un poder absorbente que hace que se apodere de todo el amoniaco que se pone en su contacto y lo suministra oportunamente á las plantas. Los agricultores queriendo aprovechar esta indicacion casual de los boliches ú hornos de carbon, han inventado una especie de hornillos que denominan hormigueros. Para incinerar la tierra por medio de hormigueros, principian por trazar sobre el suelo con un cortacéspedes unas líneas poco profundas, con lo cual queda dividido en fajas estrechas; en seguida con una laya ó azada sacan pedazos de césped mas ó menos largos que dejan vueltos de arriba abajo algunos dias para que se oreen. Si la superficie no forma césped, aran la tierra cuando está dura á fin de que se levanten terrones. Con los céspedes ó con los terrones hacen unos hornos en forma de cono truncado cuyo hueco rellenan de rastrojo, palmitos ú otra cualquier clase de combustible que haya en el campo. La puerta ó boquete por donde le prenden fuego mira á donde sopla el viento, y todo el cuidado del operador se reduce á tapar

todo los resquicios, y á que la combustion sea lenta y produzca mucho humo. Los hornos se deshacen al cabo de algunos dias y sus materiales se esparcen en el suelo.

La adicion de margas calcáreas, ó de las cenizas, las plantas enterradas en verde, las labores profundas de verano, y los estiércoles enterizos, son recursos á que apela tambien el labrador para corregir la tenacidad ó impermeabilidad de las tierras arcillosas; pero cuando estas tierras contienen constantemente un 20 por 100 de agua, la mejora que está mas indicada es el *drenage*.

Drenar significa enjugar ó secar las tierras por medio de zanjas cubiertas. Esta operacion cuando está indicada da felices resultados, y así lo han comprendido los gobiernos de Francia y de Inglaterra que prestan capitales á los propietarios á un 7 por 100 para hacer esta mejora. Las tierras arcillosas saturadas de humedad se hacen casi absolutamente impermeables, y son muy frias, porque cada kilógramo de agua que evaporan, roba á 250 kilógramos de tierra cinco ó seis grados de temperatura. El drenage las hace mas permeables, les quita un exceso de humedad, y segun repetidas esperiencias les aumenta su temperatura habitual en seis ó siete grados, circunstancia que deben aprovechar los azucareros de la cuenca baja del Guadalhorce.

Las zanjas empiezan á trabajarse por la parte mas baja, y siguen la direccion de la máxima pendiente ramificándose en todos sentidos con arreglo á este criterio. Cuando á ello no se opone ninguna circunstancia particular, los trabajadores se dividen en cuadrillas de á cuatro hombres, levantando el primero la capa vegetal, y siguiéndole los demás de tal manera que el último trabaja hasta la profundidad de un metro, que es la profundidad que por término medio debe alcanzar la zanja. La anchura por la parte superior puede aproximarse á 50 centímetros, y por la parte inferior ó sea la base á 25. Estas zanjas las llenan de guijos ó almendrilla hasta la mitad de su altura, y á falta de guijo emplean piedras partidas de tal manera que el pedazo mas grueso puede pasar por un anillo de 80 milíme-

tros de diámetro: las piedras mas menudas las colocan sobre las mas gruesas, y todo lo cubren con la tierra sacada de la zanja. En Alfarnate he visto practicar esta operacion de una manera satisfactoria.

Pero el progreso en el arte del drenage lo constituye el empleo de los ladrillos y tejas curvas, y sobre todo el de los tubos de arcilla. En la Escuela superior de ingenieros agrónomos hay una máquina que vale en Inglaterra 3000 rs. y que puede fabricar en un dia de 15 á 20.000 tubos. Estas máquinas han dado lugar donde están en uso á que se puedan adquirir tubos á un precio insignificante, á 40 ó 50 rs. el millar, y á que el drenage sea mas perfecto y mas barato. La forma que ha de tener el tubo para evitar sedimentaciones, y obstrucciones por consiguiente, ha de ser tal que la seccion perpendicular á su eje sea semejante á la de un huevo cortado á lo largo. El costo de las operaciones de drenage varia naturalmente con arreglo á una porcion de circunstancias; pero puede decirse que la media proporcional de un gran número de ejemplos tomados en circunstancias muy diversas no asciende ni con mucho á un real por cada metro de drenage incluyendo el tubo y demás gasto.

A pesar de los buenos efectos del drenage en todas partes no ha faltado quien lo mire con prevencion en la creencia de que el agua que afluye á los tubos arrastra consigo las disoluciones nutritivas y empobrece la tierra. Pero si la esperiencia no demostrase lo contrario bastaria para desvanecer todo temor las siguientes afirmaciones del primer agrónomo, del gran químico de este siglo, del baron de Liebig.

«Yo no habia tenido fé en la sabiduria del Creador, y he recibido el justo castigo de mi incredulidad. En mi ceguedad, yo me habia imaginado que, en la cadena admirable de las leyes que entretienen y remueven incesantemente la vida en la superficie del globo, habia quedado olvidado un anillo que yo, débil é impotente gusano, debia añadir: ¡Yo queria perfeccionar la obra del Todopoderoso! Esto era lo que me habia sucedido. Temiendo que los álcalis fuesen arrastrados por las aguas

de lluvia me habia imaginado que era preciso hacerlos menos solubles. Yo ignoraba entonces que la tierra, se apoderaba de ellos desde que la solucion llega á su contacto. Hoy puedo enunciar esta ley, á cuyo descubrimiento me han conducido mis investigaciones sobre la capa arable. La vida orgánica debe desarrollarse en la superficie del globo bajo la influencia del sol, y á este fin, el Gran Arquitecto, con el objeto de que nada se pierda, ha provisto á los despojos de la corteza terrestre de la facultad de atraer y retener todos los elementos necesarios á la alimentacion de las plantas, y por consiguiente de los animales, del mismo modo que el iman atrae y retiene la limadura de hierro. Como corolario de esta ley, la tierra viene á ser un inmenso aparato de purificacion para las aguas, retiene todas las materias susceptibles de perjudicar á la salud del hombre y de los animales, y se apodera de todos los productos de la descomposicion y de la putrefaccion de los seres organizados que perecen en su superficie ó en su interior.»


Señores, he terminado con esto mis consideraciones acerca de los terrenos arcillosos, y voy á decir algo respecto de los calcáreos. Los terrenos calcáreos son en general poco productivos y ofrecen mas dificultad en su correccion, así es que no debe acometerse mientras no esté muy justificada. Si se encuentran junto á otras tierras que han alcanzado un gran valor por su proximidad á los grandes centros urbanos, la mejora puede estudiarse y aun acometerse por la adicion de la arena y arcilla, si previo presupuesto no ha de resultar costosa; pero en la generalidad de los casos lo que debe hacerse es cultivar las plantas que soportan sin gran dificultad sus malas cualidades. Entre las que se encuentran en este caso pueden citarse la cebada, la esparceta, el almendro y la vid sobre todas,

Para concluir, voy á dar un método sencillo por el cual pueden determinarse las cantidades de arena, arcilla y caliza que contiene una tierra cualquiera; conocimiento que es oportuno tener antes de acometer una mejora. Consiste este método en colocar la tierra que quiere analizarse en un recipiente de boca ancha con agua en bastante cantidad. La mez-

cla se agita con un palo y despues se deja reposar por cuatro ó cinco minutos; el humus ó sea las materias de origen orgánico sobrenadan y se separan con una espumadera poniéndolas aparte para secarlas y apreciar su cantidad. Separado todo el humus se vuelve á agitar la mezcla, y la arena como mas pesada quedará en el fondo del recipiente. mientras que la arcilla y la caliza quedan suspendidas en el agua como mas ligeras. Se separa el agua turbia por decantacion y se le añade nuevas porciones de agua limpia hasta que salga clara, y de este modo la arena queda completamente lavada y separada en el fondo del recipiente, se seca y pesa. El agua turbia contiene la arcilla y la caliza de la tierra, pero haciéndola pasar por un filtro de papel sin cola quedarán sobre el mismo dichas dos sustancias. Para separar la arcilla de la caliza y saber la cantidad en que entra cada una, se vierte en la mezcla un poco de ácido clorhidrico diluido en tres veces su volúmen de agua y cuando cese la efervescencia se filtra, lo que quede sobre el filtro será la arcilla: la caliza se marcha disuelta en el agua bajo la forma de cloruro de calcio cuyo peso se determina por diferencia.

Hay una porcion de métodos mucho mas exactos con los cuales pueden determinarse tambien los elementos de la riqueza con bastante precision pero cuando como ahora se trata de los medios de corregir la potencia de las tierras basta con el procedimiento que acabamos de esponer.

Por último, las mejoras ó correctivos de que ligeramönte nos hemos ocupado, deben acomertese por los propietarios y no por los colonos. En Inglaterra es muy comun que un colono pida al propietario [que le enmargue las tierras ó que se las sanee por medio del drenage aumentándole la renta en proporcion al capital invertido, y el propietario se cree en el deber de hacerlo. He dicho.



VIAJES.

LA PEROUSE.

Grande y hermosa es la mision de esos navegantes que han explorado el mundo exponiendo su vida, y que con sus descubrimientos han ensanchado el círculo de nuestros conocimientos: que han llevado á regiones hasta entonces desconocidas nuestra civilizacion y nuestra vida en cambio de los productos de esos lejanos climas. Agrada tanto subir con el pensamiento sobre el navío del marino que va á dar la vuelta al mundo, visitar con él las regiones salvajes y trabar conocimiento con sus habitantes. De esta manera se disfruta de todos los placeres del viaje sin tener que sobrellevar la fatiga y los peligros á veces repetidos é inminentes. Entre los navegantes que se han ilustrado por sus descubrimientos, más de uno ha sido victima de su valor y de su celo: por ejemplo, *Magellan*, *Drake*, *Cook* y otros muchos.

La Francia posee un gran nombre que debe añadir á esta lista fúnebre; es el de *La Perouse*, nombre á la vez triste y glorioso, que pronuncia con lágrimas y admiracion.

No detallaremos la vida de este navegante hasta su embarque para el viaje que lo ha ilustrado. *Juan Francisco Galaup de La Perouse* nació en Alby, en el Languedoc, en 1741. Entró en el servicio en 1756 como guardia-marina y se distinguió en la guerra de los Siete años, despues en la de América en 1778.

donde tuvo la misión de destruir los establecimientos ingleses de la bahía de Hudson. Cumplió esta orden con el mayor éxito, y supo además conciliar los deberes de la humanidad con sus rigurosas obligaciones. Habiendo sabido que los ingleses se habían retirado en los bosques, donde podían perecer de hambre y de miseria ó sucumbir bajo los golpes de los salvajes, tuvo la generosidad de dejarles al retirarse armas y provisiones.

La Perouse había sido nombrado sucesivamente capitán de fragata, luego capitán de navío, cuando fué elegido en 1785 para dirigir la expedición compuesta de dos fragatas, la *Briju-la* y el *Astrolabio*, que se preparaban en el puerto de Brest para un viaje de descubrimientos al rededor del mundo. Independientemente de su punto de vista científico, esta expedición tenía otro destino tan honroso para el soberano que había ordenado este viaje como para el marino encargado de ejecutarlo. Las dos fragatas francesas debían, durante todo el camino, distribuir á los salvajes semillas de las plantas y de los frutos de Europa, é inculcarles los conocimientos que pudiesen serles útiles y contribuir á su bienestar.

El rey Luis XVI redactó por sí mismo una memoria detallada para *La Perouse*, que prueba la instrucción vasta y sólida de este príncipe, y al mismo tiempo su ardiente amor hacia la humanidad.

«Su Magestad—dice el final de esta memoria—miraría como uno de los mayores triunfos de esta expedición el que pudiese terminarse sin haber costado la vida á un solo hombre.»

En estas instrucciones, verdadero monumento de gloria para Luis XVI, se reconoce al príncipe que, en 1778, durante la guerra contra los ingleses, había mandado á sus navíos respetar en todos los mares los buques del capitán Cook, que ejecutaba entonces un viaje de descubrimientos, igual al de *la Perouse*, y aun suministrar á este ilustre marino todos los auxilios que pudiese necesitar.

El 1.º de Agosto de 1785 la expedición se dió á la vela desde el puerto de Brest. Abordó primero en la isla de Tenerife, que, desde tan léjos, muestra á los navegantes su pico aéreo;

despues, dirigiéndose al Sud-Oeste, atravesó el Océano atlántico, y el 6 de Noviembre llegó á la isla de Santa Catalina, en la costa del Brasil; despues, tomando hácia el Sud, pasó por delante de la embocadura del gran rio de la Plata, costeó la Patagonia, ese país poblado, segun los primeros exploradores, de gigantes, cuya estatura rayaba en lo inverosímil, y que más tarde se hallaron ser hombres de una estatura poco mayor que la nuestra. Las dos fragatas doblaron luego el cabo de Hornos, la punta más meridional de América, y cambiando enteramente de direccion, llegaron el 24 de Febrero de 1786 á la Concepcion de Chile sin haber tenido un solo enfermo en la tripulacion, durante una travesía de siete meses, cosa que quizá no le habia sucedido á ningun buque.

El viaje continuó de una manera no ménos favorable al través del mar del Sud, en que La Perouse reconoció las islas Sandwich y Mowée, hasta una bahía que llamó *Puerto de los franceses*, al Norte de la California, en la América setentrional. Ahí era donde, despues de un viaje tan largo y tan constantemente favorable, una gran desgracia aguardaba á los navegantes. Al reconocer esta bahía, el 13 de Julio de 1786, dos botes, uno perteneciente á la *Brújula* y otro al *Astrolabio*, fueron arrastrados por una corriente en medio de unos escollos y sumergidos con los que los montaban, sin que fuese posible prestarles ningun socorro. Los marinos, penetrados de dolor, erigieron en una isla de la bahía, que tomó el nombre de *Isla del Cenotafio*, un monumento á la memoria de sus desgraciados compañeros. La siguiente inscripcion con una relacion de esta horrible desgracia, se enterró en una botella al pié del monumento.

En la entrada del puerto han percido
veintiun bravos marinos,
quien quiera que seais
mezclad vuestras lágrimas á las nuestras.

Cuando hubo salido de ese funesto puerto, La Perouse siguió explorando las costas de la América del Norte; despues atravesando el mar del Sud, donde descubrió algunas islas, lle-

gó el 3 Enero de 1787 á Macao, en China, ciudad en que los portugueses poseen un establecimiento comercial. De allí pasó á Manila, capital de las islas Filipinas. Los navegantes fueron perfectamente recibidos en estas dos colonias extranjeras, cuyos gobernadores los colmaron de atenciones. Marcháronse de allí para visitar las costas de los Tártaros y los mares poco conocidos que avecinan al Japon. Los rusos hicieron una cordial acogida en el Kamchatka á La Ferouse, que encontró allí un ascenso al grado de jefe de escuadra, justa recompensa de sus servicios.

Desde el fatal naufragio del *Puerto de los franceses*, los buques de La Perouse no habian experimentado ningun accidente; sus relaciones con los pueblos que habian visitado habian sido amistosas, y los marinos no se habian hallado en la triste necesidad de hacer uso de sus armas: estaban, pues, muy lejos de prever la segunda catástrofe que entristeció dolorosamente á la tripulacion.

La Perouse, al abandonar el Kamchatka, atravesó de nuevo parte del mar de las Indias para ir á la Nueva-Holanda. En este trayecto hizo una parada cerca de *Maoua*, una de las *islas de los Navegantes*. Esta isla, cubierta de verdura y de árboles cargados de frutos y regados por limpidos arroyos, presenta el aspecto más agradable. Despues de una larga travesía por mar, un país tan bello parece aun más encantador: y como apenas llegaron las dos fragatas, los naturales salieron con sus piraguas al encuentro de los franceses, La Perouse aprovechó una ocasion tan favorable para renovar sus provisiones. Los insulares trajeron en sus canoas una gran cantidad de frutos y de reses, que cambiaban por cristales y otras bagatelas de Europa, de que hacian más caso que de los objetos realmente útiles. Es verdad que los que obtuvieron el permiso de subir á bordo cometieron algunos robos, y la superioridad de su estatura y de sus fuerzas físicas comparadas con las de los europeos los llenaba de audacia, puesto que no conocian el gran poder y los terribles efectos de las armas de fuego.

Sin embargo, no se temia ninguna séria hostilidad por

parte de esos indios, y como era probable que el agua faltaria pronto, se resolvió ir á buscarla á tierra. El dia 11 de Diciembre de 1787, cuatro embarcaciones de las dos fragatas, montadas por sesenta hombres mandados por Mr. de Langle, fisico de la expedicion, abordaron en la isla. Allí encontraron unos mil salvajes que los recibieron bastante bien, pero una vez llenos los barriles y puestos en los botes, empezaron á tirar sobre los marinos una lluvia de piedras. Mr. de Langle no se atrevia por compasion á mandar romper el fuego contra los indios; pero él mismo cayó herido y muerto al instante á mazazos. Entonces los fusiles de los franceses dejaron caer un gran número de ellos; desgraciadamente no dieron tiempo de volver á cargar las armas. Diez marinos fueron degollados de la manera más cruel, mientras que otros, heridos la mayor parte, llegaron nadando hasta las embarcaciones que los condujeron á bordo de las fragatas. Un gran número de piraguas indias se hallaban entonces al rededor de los buques. La Perouse hubiera podido vengar la muerte de sus compañeros, echándolos á pique con un solo disparo; pero entre los que montaban las piraguas habia muchos inocentes, y los salvó de las manos de la tripulacion. No pudiendo alcanzar á los verdaderos culpables, situados detrás de unos escollos inaccesibles á los grandes buques, se alejó de esa funesta playa, y llegó el 26 de Enero de 1788 á la colonia inglesa de Botany-bay, en la Nueva-Holanda.

De este puerto datan las últimas noticias que se han recibido de La Perouse. Debia salir de Botany-bay á fines de Febrero siguiente, despues de haber explorado la isla de Francia, la Luisiana, la Nueva Guinea y otras tierras poco conocidas, situadas al Norte de la Nueva-Holanda. Su plan era volver á Brest desde la isla de Francia para poner término á un viaje tan largo. Pero desde entonces no se oyó hablar más de la expedicion. Cuando se pasó la época fijada para su vuelta sin que se le viese aparecer, un triste presentimiento se apoderó de todos los ánimos.

La mujer de La Perouse y las familias de tantos bravos marinos embarcados con él estaban en la más dolorosa ansie-

dad, pero sin atreverse á renunciar todavía á la esperanza. Lísonjeábanse con la idea de que si los navíos se habian perdido, la tripulacion al ménos se habria salvado, y que seria fácil encontrarlos siguiendo el camino que La Prouse debia recorrer al salir de Botany-bay.

En 1791 se envió una expedicion para buscarlos; volvió sin haber descubierto nada. Entonces fué preciso renunciar á toda esperanza. Muchos años se pasaron hasta que, gracias á las indicaciones de un inglés llamado *Dillon*, el capitan *Dumont Duville*, en el viaje al rededor del mundo que hizo en 1826, 1827 y 1828, recibió la orden de informarse, si era posible, del sitio del naufragio de La Prouse. Por las pruebas recogidas en ese viaje se tiene hoy por cierto que el *Astrolabio* y la *Brújula* han debido perderse en los escollos de la isla de *Vanikoro* al Este de la Nueva-Holanda.

Las indicaciones de algunos indios han dado á conocer que hace muchos años dos navíos europeos se perdieron cerca de su isla á causa de una tempestad, y que fué imposible salvar á la tripulacion. Sumergiendo cerca de la costa, se han encontrado cañones, armas y otros objetos, evidentemente de fabrica francesa, tristes restos de este naufragio. Estos objetos se han trasportado á Francia, y están en Paris en el museo naval.

Tal fué el resultado del viaje de La Prouse. El diario de su expedicion se ha publicado: es un libro muy curioso y que tiene señalado un sitio al lado de los viajes del capitan Cook. Si en interés de las ciencias se deben echar de ménos los documentos que hubiese proporcionado la continuacion de este relato, es preciso deplorar aun mucho más la funesta muerte de este ilustre navegante y de su valerosa tripulacion.

Un espacio de más de cuarenta años no ha podido borrar el pesar causado por el triste fin de La Prouse y el doloroso interés que se une á su recuerdo.

V. S.



POESÍAS.

Diera por otro beso de tu boca,
la inocente quietud que perdió el alma.
y el desear remoto
que torne un día á consolarme plácida.
Aunque sé que besándome, por siempre
se alejará si vuelve el bien tranquilo,
que tan suave anhelo,
otro previene de mayor martirio.
Aun más pidiera entonces
con avidez á tu amoroso halago,
si dicha alguna comparar pudiera
á un beso de tus lábios!

20 Diciembre, 1876.

No sueñes ilusion, despierta y huye;
así es la triste vida ¿imaginabas
que un amoroso eco respondiese
á mi desierta alma?
De las alegres flores del deseo,
deshoja la guirnalda;
pide al dolor caricias y la sombra
de la tristeza que te oprime, ama!

ATENODORO MUÑOZ.

21 Diciembre 1876.

VARIEDADES.

FOSFORESCENCIA DEL AGUA.

Es frecuente ver, en una noche sombría, y cuando el aire es seco y la mar está agitada, una luz viva que se destaca en la superficie. Unas veces la forman chispas que brillan acá y allá, á manera de estrellas, pero cuya existencia es de poca duracion; otras es una inmensa sábana de fuego que se extiende por la superficie en una zona luminosa. En los trópicos es sobre todo donde tiene lugar este admirable y magnífico espectáculo. El navío deja tras de sí una estela de fuego, y se ve con frecuencia deslizarse bajo su quilla globos inflamados, que pasan á algunos metros de profundidad. En otros casos, la mar asemeja á un campo nevado, y Peron afirma que toma tambien colores prismáticos que cambian á cada instante; pero estos fenómenos son raros. Una piedra arrojada en medio de las aguas produce á veces rayos luminosos que se lanzan en el espacio, y los navíos, vogando en la superficie del mar, parecen estar enteramente cubiertos de las llamas que brillan con gran resplandor. Por otra parte, en todas épocas y en casi todas las situaciones, la espuma levantada por la proa de una embarcacion está sembrada de estrellitas argentadas que se deslizan sobre las olas y se extinguen en la estela.

Este fenómeno parece debe ser atribuido á varias causas, de las que las principales son la electricidad, la sal marina, la putrefaccion de los animales, y la fosforescencia de un gran número de pólipos y de animales microscópicos. La fosforescencia se manifiesta con mayor desarrollo, especialmente en ciertos peces, en los zoófitos, los infusorios, los acéfalos, los equinodermos, los miriápodos, crustáceos y moluscos. Particularmente á las medusas, de las que algunas especies son microscópicas y de la clase de los ascalefos, es á quien parece son debidas las claridades más vivas repartidas por el Océano. El *cancer fulgens*, el *folado* y el *pyroma atlántica* producen tambien una luz muy brillante.

En ciertas localidades, como en Boloña y el Havre, la fosforescencia no es debida sino á una sola especie de zoófitos ó animalillos microscópicos; los noctilucos, reunidos por millones, de modo que ciertos sitios toman un tinte uniforme. Sin embargo, los noctilucos son ménos luminosos que los ofiuros y ciertos anélidos.

Algunos observadores admiten tambien que en el agua del mar y en medio de una mucosidad que puede ponerla al abrigo del contacto del aire atmosférico, un fósforo en estado liquido puede desprenderse de su prision y colocarse en contacto con el oxígeno que se encuentra en las aguas del mar, y se sabe por las maravillosas experiencias de Fourcroy que las sales fosfóricas abundan en todos los humores de los peces, sobre todo en su vena láctea. En fin, la opinion de Bory de Saint-Vincent es que ningun animalillo entra para nada en la luz del mar, que es determinada por la electricidad y una mucosidad donde el fósforo se produce en su mayor parte.

En las aguas dulces los pantanos ofrecen á su vez emanaciones fosforescentes producidas por sustancias vegetales ó animales en putrefaccion. Despues de su combinacion con el hidrógeno, se inflaman al solo contacto del aire. Esta luz es conocida con el nombre de *fuego fátuo*, y se presenta bajo la forma de pequeñas y ligeras llamas, que giran en todas direcciones á impulso del aire. Esta llama tiene á veces semejanza con

la luz de una bujía, pero otras se presenta bajo la apariencia esférica, y aunque sea casi siempre inocente, se la ha visto, no obstante, adherirse á cuerpos combustibles y desarrollar un incendio. Aparecen asimismo llamas análogas en los mástiles y aparejos de las embarcaciones, y reciben el nombre de *fuego de San Telmo*: este era conocido por los romanos con el nombre de *dioscuros*.

A mediados de Marzo de 1825, cayó en Lochawe, en Escocia, nieve luminosa, y todas las partes humedecidas por ella, á medida que se derretía, quedaban igualmente luminosas.



MISCELÁNEA.

Admiradores de nuestras glorias pátrias, no hemos querido pasar en silencio el triste aniversario del infortunado poeta Gustavo A. Becquer.

Las condiciones de nuestra publicacion nos impedian celebrarlo el 22 del corriente como era nuestro deseo, pero hubiéramos anticipado esta REVISTA, si la proximidad con la anterior no hubiera hecho imposible terminar los trabajos en tiempo oportuno.

Acompañamos en este número varias de sus mejores composiciones, esperando serán leídas con gusto por nuestros abonados.

Desde 1.º del próximo Enero, las personas que deseen suscribirse á las *Conversaciones históricas Malagueñas*, podrán efectuarlo en la librería de D. Francisco de Moya, Puerta del Mar, ó en la Redaccion de este periódico.

Precio de la entrega de 16 páginas, 1 real.

Las láminas se repartirán de regalo.

DIRECTORES-PROPIETARIOS,

ENRIQUE DE RIVAS.

JOAQUIN M.^a YERDUGO.

ÍNDICE

DEL TOMO VIII.

	PÁGINAS.
DISCURSO LEIDO EN LA CELEBRACION DEL CENTENARIO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS.—D. Juan García Fernandez.	5
EN UN ALBUM. (<i>Poesía</i>).—D. Eusebio Blasco.	10
HOMERO Y LA ILIADA.—D. José Alcalá Galiano.	17
RIMA.—D. Gustavo A. Becquer.	29
APUNTES BIOGRAFICOS.—Franklin.	30
» Haidn.	229
EL HERMITAÑO DEL LAGO.—Saintine.—T. por J. V.	33
EL INVIERNO.— <i>Fragmento de una leyenda</i> —D. José Lamarque de Novoa.	39
ALOPATIA.—Nociones elementales.—D. Fernando Butron.	41
MISCELANEA.	47, 102, 190, 248, 295
LOS HABITANTES PRIMITIVOS DE ESPAÑA.—D. G. Macpherson.	49, 129, 164
LA ODISEA.—D. José Alcalá Galiano.	69
CONFERENCIAS AGRICOLAS DE MÁLAGA.— Conferencia por el Sr. D. Manuel Casado.	77
Id. por el Sr. D. Ramon Díaz Maroto.	105
Id. por el Sr. D. Juan Alvarez y Sanchez.	222, 277
REVISTA QUINCENAL.—D. José M. ^a Crouseilles.	93, 145, 191, 240
BOLETIN BIBLIOGRÁFICO	103, 200
EL PROCESO DE GALILEO SEGUN DOCUMENTOS INÉDITOS.—Luigi Ferri	123
RITMO.—D. José M. ^a Crouseilles.	138
POESÍAS DE UN LIBRO INÉDITO.—D. Atenodoro Muñoz.	139, 163
VARIEDADES	140, 235, 292
INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA.—Discurso leído en la sesion inaugural por el Excmo. Sr. D. Laureano Figuerola.	153
EL LIBRO.—Por Y. F. M.	179
ENSAYO SOBRE EL ARTE.—D. José M. ^a Crouseilles.	178
ESTRELLAS FUGACES.— <i>Bóldos</i> — <i>Aerolitos</i> .—D. F. Carvajal.	185
LAS MÁQUINAS.—D. Gabriel Rodriguez.	201
ANATOMÍA.—(<i>Poesía</i> .) D. José Maria Crouseilles.	207
MÚSICA.— <i>Su influencia sobre la moral del hombre</i> .—D. F. Butron.	209
A. Y. EN SUS DIAS.—(<i>Soneto</i>) D. Atenodoro Muñoz.	221
FITOLOG A.—LA ORTIGA.—D. J. Garcia Herranz.	233
GUSTAVO ADOLFO BECQUER.—Por la Redaccion.	249
VARIAS COMPOSICIONES DE GUSTAVO A. BECQUER.— <i>La Venta de los Gatos</i> .	253
<i>Rimas</i> .	265
<i>Pensamientos</i>	271
A. BECQUER, EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.—(<i>Poesía</i>) por D. Atenodoro Muñoz.	274
A GUSTAVO A. BECQUER.—(<i>Poesía</i>) por D. José M. ^a Crouseilles.	275
A BECQUER.—(<i>Poesía</i>) por D. E. Rivas.	279
VIAJES.—LA PÉROUSE —Por D. V. S.	286
POESÍAS.—Por D. Atenodoro Muñoz.	291

